

Crítica

Miguel Serrano, a Contrapelo

Memorias de El y Yo

Ediciones La Nueva Edad, Santiago, 1996,
213 páginas.

por Antonio Avaria 34

ORIGINALES, de vivo interés artístico e histórico, estas memorias alternan la rememoración y la añoranza con un extravagante de naturaleza esotérica, vaya usted a saber lo que es, por ejemplo, el "hitlerismo esotérico", profesión de fe del autor. No todos pueden ni quieren franquear ese "círculo hermético". Al hacer recuerdos, el escritor de garra y cepa luce gala sin esfuerzo de sus dotes: admirables páginas sobre la infancia en el campo, ciertos barrios de Santiago Poniente, y observaciones sobre la clase alta chilena, que escocerán no tanto a sus representantes como a sus espontáneos defensores del campo sidático, como se apreciara cuando José Donoso hizo declaraciones semejantes sobre la incultura de nuestra oligarquía.

Miguel Serrano es dueño de una pluma diestra, segura y liviana. Define una época, un grupo literario y hasta una estirpe con tendencia a la endogamia (a casarse entre sí, entre parientes).

Asistimos a escenas de la noche sangüínea, y especialmente memorable es el retrato del poeta Omar Cáceres, víctima de violenta muerte, autor de una clave poética del 38: *La defensa del ídolo*, que el mismo Cáceres destruyera y que ahora reaparece gracias a los cuidados de LOM Ediciones, en un volumen a cargo de Pedro Lasra.

Estas *Memorias de El y Yo* recuerdan también a una generación que el mismo Serrano grabara al rojo sangre en «Ni por mar ni por tierra», en 1950: la generación del 38.

La figura que domina el trasfondo de esta apasionante aventura de una individuación, y del paso de un él a un yo, es Héctor Barreto, asesinado por un grupo nazi. Para Serrano, la muerte de su gran amigo significó entrar en relación por primera vez con un arquetipo: el guerrero, el héroe que debe morir para que otros vivan en cierta paz, así como la bella y trágica amistad de dos muchachos que vivieron en el Paraíso sin saberlo, como suele ocurrir.

De una privilegiada (aunque no adinerada), Serrano puede decir "mi tío, el poeta Vicente Huidobro"; o "mi tío Joaquín Fernández" (Ministro de RR. EE.), etc. Sus abuelos, sus tíos, integran la es-

tructura de apellidos que habrían compuesto en exclusividad la casta dominante en Chile.

Hay viñetas memorables, como "la preocupación de mi abuela Frefia por enfermarnos cuando llegaba de visita doña Olga Conzatti, mujer emancipada, que vestía pantalones de montar y protagonizaba escándalos de sociedad, con sus fiestas y costumbres. El miedo de mi abuela era que padiera besarnos y transmitimos alguna enfermedad".

Otra excelente descripción es la casa en que vivía el niño con su abuela: "Una casa modesta, de dos pisos, con su puerta principal dando hacia la calle Gay, que entonces no estaba pavimentada, y otra posterior de salida a un cité, largo corredor con casas enfiladas y con un angosto jardín al medio, con mazos de verdura y algunas flores, más una palmera pequeña. Este cité se cerraba de noche con una puerta de rejas negras que se abría hacia la calle Fichauwen, por la que yo marchaba en las mañanas en dirección al colegio de los Padres Franciscanos..."

Serrano cree en los destinos marcados por un hado, en los designios tras las casualidades, en circunstancias decidoras. Así, la muerte de sus padres lo hizo escritor, en vez de inerte y pasivo

ante la vida.

Sólo un escritor auténtico puede recordar de la siguiente manera unas calles con casas de adobe y tejas, de un solo piso, allí por Root y Tocornal: "ese pasaje, o cité yendo por Lira, pasado Marcoleta, casi a mitad de la calle Blas Cañas, y que es como de sueño, pues no estoy seguro si lo descubrí primero en un sueño despierto, en una noche de mi bohemia de otros años. Ni la calle de los alquimistas de Praga tiene esa belleza y ese encanto alucinado. Casitas de colores, un pasadizo de piedras separándolas y, al final, una plazuela con una virgen, un árbol y un banco de piedra. Un hueco, un remanso, una aventura repentina, un paso a otra dimensión, a otro plano. Una salida. Sólo bastaría dar un salto para irse..." (Es el mandala de Cortázar, el aleph de Borges, la obsesión de todo niño, de toda Alicia).

Miguel Serrano pone fin con brío a unas memorias de grata lectura, con entreveros esotéricos, pero no majaderos. La maraña de ocultismo de cariz teosófico poco dice al lector neófito, pero no ahoga el interés de estos penetrantes recuerdos literarios.



Miguel Serrano, a contrapelo [artículo] Antonio Avaria.

Libros y documentos

AUTORÍA

Avaria, Antonio, 1934-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Miguel Serrano, a contrapelo [artículo] Antonio Avaria. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile